

EL TIZÓN TARDÍO Y LOS MUROS FRONTERIZOS

De los 31 grupos étnicos catalogados oficialmente en Estados Unidos, el de origen irlandés es seguramente el más numeroso. Integrado por completo en el sentir y el ser de este país, a él pertenecen el actual presidente y el no menos conocido John Fitzgerald Kennedy.

Pero, al parecer, el ser humano aprende poco de sus errores y los reitera una y otra vez hasta convertir la terquedad en uno de ellos.

Hoy quiero relatar un fragmento de la Historia para que la actualidad, sin más, cuente el resto.

Año 1840. Irlanda es un país conquistado por Inglaterra, sus tierras han pasado a manos de los terratenientes ingleses. Simplificando un poco la situación, sus ocho millones de habitantes trabajan en un estado de semiesclavitud. Las cosechas de cereal cosechadas viajan a Inglaterra mientras las familias irlandesas comen, fundamentalmente, las patatas que obtienen de sus pequeños huertos familiares.

La patata, el sostén del pobre que mitiga el hambre y le permite seguir siendo explotado, en este caso por los aristócratas ingleses, sufre un daño irreparable. En el año 1845, el *Phytophthora Infestans*, convertido en plaga, entró en escena y arrasó la producción irlandesa provocando una hambruna sin precedentes. Ochocientos mil irlandeses murieron de hambre o de las enfermedades derivadas de él. Sin recursos propios, sin alternativas productivas en su lugar de origen, más de un millón de irlandeses se vieron forzados a emigrar a cualquier sitio donde poder cambiar su trabajo por comida, mayoritariamente a Estados Unidos.

¿Establecieron los protestantes estadounidenses rutas seguras de acogida? No. Los irlandeses huyeron en los llamados “barcos de la muerte” con los que las mafias de la época hacían negocio. Un 30% de ellos morían de hambre y sed en la travesía. ¿Los acogieron entonces con los brazos abiertos? En absoluto. Tildados de borrachos, pendencieros y agresivos, los recluyeron en guetos. Estigmatizados, sin formación previa alguna, asumieron los trabajos más duros por sueldos miserables. A la discriminación moral, social y laboral, los acompañó la religiosa puesto que el 80% de ellos eran católicos.

No hemos aprendido nada, ni queremos erradicar la esclavitud ni los Derechos Humanos son una referencia irrenunciable. Ni siquiera hemos asumido que vienen a trabajar, que la integración es su objetivo mayoritario, que es posible una sociedad pluriétnica de objetivos compartidos. Que ni siquiera la religión tiene que ser una frontera si no aumentamos la radicalización desde el odio y la injusticia social y legal.

Hoy, aquí, en España, son muchas las asociaciones, no solo de inmigrantes, que trabajan en pos de equiparar derechos y obligaciones, teniendo como principal objetivo convencer a la ciudadanía de que la integración es posible y positiva porque es un valor que fortalece la dignidad humana.

El peligro no está en los inmigrantes, está en los que cultivan y alimentan las bajas pasiones: el miedo al diferente, la estigmatización de la pobreza asociándola a la delincuencia, la asunción de prejuicios como verdades irrenunciables... El peligro está en quienes nos alejan de la realidad y de nuestros objetivos como país a base de crear bulos con los que alimentar un burdo nacionalismo que convierte la diferencia en superioridad y hace del egoísmo bandera. El

peligro está en quien se empeña en desguazar sus anhelos (y parte de los nuestros) con su desprecio e intolerancia.

¿De verdad hay que seguir repitiendo una y otra vez el pésimo ejemplo del proceso de integración estadounidense y dejar que el tiempo, cual bálsamo de Fierabrás, lo cure todo o es posible alcanzar la deseada integración por métodos menos degradantes? ¿No será que lo que de verdad nos falta es un concepto y un objetivo claro de país que ofrecer y compartir? ¿De verdad hay alguien que crea todavía que el flujo de inmigrantes en general, y de refugiados en particular, es un hecho circunstancial? Este reto, cada vez más profundo, no se aborda en destino poniendo diques al mar y puertas al campo. Igual que en el caso irlandés, es un problema estructural de falta de alternativas en origen.